



# Liahona MÉXICO

Mensaje del Setenta de Área



Por el élder  
Jesús Alfonso Ortiz

La retención como parte de la

## Obra de Salvación

*Hagamos los esfuerzos necesarios para ser un apoyo y fortaleza a todos aquellos que han aceptado el evangelio.*

**A** la mayoría de las personas el proceso de conversión al bautizarse en la Iglesia les resulta difícil, ya que con frecuencia implica el adoptar nuevas enseñanzas religiosas y un estilo de vida completamente distinto. Es importante recordar las recomendaciones del presidente Gordon B. Hinckley en cuanto a que todos los miembros de la Iglesia -en particular los miembros nuevos-, necesitamos tres

cosas para permanecer activos: amistades, oportunidades de servir en la Iglesia y ser nutridos por la palabra de Dios<sup>1</sup>. Bajo la dirección del obispado, es responsabilidad de los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares ayudar a los miembros nuevos en estos aspectos<sup>2</sup>.

En mi caso tuve la oportunidad de recibir esas tres bendiciones; ya que fui bautizado en Ciudad Obregón Sonora, durante un periodo

vacacional de la universidad y una semana después regresé a Sinaloa para continuar con mis estudios. Transcurrieron apenas tres días cuando tocaron la puerta del departamento donde vivía con otros estudiantes. Era Jorge Luis Beltrán García y se presentó como mi maestro orientador. Cada quince días me visitaba para compartir un mensaje del Evangelio; si alguna vez llegó a pasar por mi mente el dejar de asistir algún domingo a la Iglesia, con el maestro



orientador que tuve, y otras familias más que me apoyaron, no había esta posibilidad. El hermano Beltrán me ayudó a preparar el primer discurso que me asignaron, me orientó en el primer llamamiento que tuve y se aseguraba de que me asociara con otros jóvenes de

mi edad para hacer amistad con ellos. Con el paso de los años, mi gratitud hacia los hermanos que conocí en mis inicios en la Iglesia, ha ido creciendo.

Cada uno de nosotros tiene la oportunidad de esforzarse por ayudar a los demás a

“ser nutridos” y recibir el gozo por cumplir con esta responsabilidad. El año pasado mi esposa compartió el Evangelio con Mary, a quien conoció en un curso e hizo los arreglos para que junto con su esposo Juan y sus cuatro hijos comenzaran a escuchar a





Pedro: “Y cuando hubieron comido, Jesús le dijo a Simón Pedro: Simón hijo de Jonás, ¿me amas más que estos? Pedro le contestó; Sí, Señor, tu sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos”.<sup>3</sup>. Es responsabilidad de los líderes y de cada discípulo de Cristo, apacientar a los nuevos conversos, ayudarles a que se adapten lo mejor posible a la nueva manera de vivir, para que puedan permanecer en el camino recto.

Hagamos los esfuerzos necesarios para ser un apoyo y fortaleza a todos aquellos que han aceptado el evangelio verdadero de Cristo y que están haciendo cambios importantes para lograr la vida eterna. La tarea de la retención es mucho más fácil cuando participamos más de uno. Las palabras del rey Benjamín siguen vigentes: “Y he aquí, os digo estas cosas para que aprendáis sabiduría; para que sepáis que cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, sólo estáis al servicio de vuestro Dios”.<sup>4</sup>

Esta es mi invitación para todos, que participemos con amor en la retención de los nuevos conversos, a fin de probar el gozo que viene como resultado de ello. ♦

#### Referencias

1. Moroni 6:4
2. Manual 2, Administración de la Iglesia 5.2.1, pág. 26-27
3. Juan 21:15
4. Mosiah 2:17

los misioneros. Estuvimos con ellos en varias de las lecciones, los acompañamos a la capilla y tiempo después recibieron un bautismo. Participaron de noches de hogar con nosotros y otras familias del barrio, se involucraron en las actividades y el pasado 1º de mayo de 2014

fueron sellados como familia por tiempo y eternidad.

En un rebaño, los corderos son los más pequeños, y necesitan mayor cuidado y protección. En la Iglesia los corderos son los nuevos conversos, de ahí que el Salvador resucitado dijera a

*El equipo de edición compartirá en los siguientes ejemplares sus diez discursos favoritos. Esperamos que sean de su agrado.*

## Y si no...

Por el élder **Jesús Alfonso Ortiz Dennis E. Simmons**

De los Setenta

Abril 2004

Cuando era jovencito, volví un día a casa después de un torneo de básquetbol del octavo año escolar desanimado, desilusionado y confuso. “¡No sé por qué perdimos! ¡Yo tenía fe en que íbamos a ganar!”, me quejé a mi madre.

Ahora me doy cuenta de que no sabía entonces lo que es la fe.

La fe no es una bravuconada, no es sólo un deseo, ni sólo una esperanza. La verdadera fe es fe en el Señor Jesucristo, es la confianza y seguridad en Él que llevan a la persona a seguirlo<sup>1</sup>.

Hace muchos siglos, Daniel y sus jóvenes compañeros se vieron de pronto lanzados de su lugar seguro al mundo, a un mundo extraño y amenazante. Cuando Sadrac, Mesac y Abednego rehusaron inclinarse ante la estatua de oro que había mandado hacer Nabucodonosor y adorarla, éste, furioso, les dijo que si no lo hacían, se les echaría en un horno ardiente, y agregó: “...¿y qué Dios será aquel que os libre de mis manos?”<sup>2</sup>.

Los tres jóvenes respondieron de inmediato y con confianza: “He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del

horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará”. Esas palabras reflejan la clase de fe que yo tenía cuando estaba en el octavo grado. Pero entonces ellos demostraron que comprendían plenamente lo que es la fe, al decir: “Y si no... no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”<sup>3</sup>. Ésa es una declaración de verdadera fe.

Ellos sabían que podían confiar en Dios, aun cuando las cosas no salieran de acuerdo con sus esperanzas<sup>4</sup>. Sabían que la fe es algo más que un asentimiento mental, más que el simple reconocimiento de que Dios vive. La fe es confianza total en Él.

La fe es creer que aunque no lo comprendamos todo, Él lo comprende; fe es saber que aunque nuestro poder es limitado, el Suyo no lo es. La fe en Jesucristo consiste en una completa confianza en Él.

Sadrac, Mesac y Abednego sabían que siempre podían confiar en Él, porque conocían Su plan y sabían que Él no cambia<sup>5</sup>. Sabían, como nosotros sabemos, que la mortalidad no es un capricho de la naturaleza sino un breve segmento del gran

plan<sup>6</sup> de nuestro amoroso Padre Celestial para hacer posible que nosotros, Sus hijos e hijas, alcancemos las mismas bendiciones de las que Él disfruta, si estamos dispuestos.

Sabían, como nosotros sabemos, que en nuestra vida pre-mortal Él nos enseñó el propósito de la condición mortal: “... haremos una tierra sobre la cual éstos puedan morar; y con esto los probaremos, para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare”<sup>7</sup>.

Ahí está, bien claro: es una prueba. El mundo es un lugar de probación para hombres y mujeres mortales. Cuando comprendemos que todo es una prueba, administrada por nuestro Padre Celestial, que quiere que confiemos en Él y le permitamos ayudarnos, entonces vemos todo con mayor claridad.

Su obra y Su gloria, nos dijo Él, es “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”<sup>8</sup>. Él ya ha alcanzado la condición de Dios y ahora Su único objetivo es ayudarnos, habilitarnos para regresar con Él, y ser como Él es y llevar, eternamente, la clase de vida que Él lleva.

Por saber todo eso, no fue difícil para aquellos tres jóvenes hebreos tomar su decisión: seguirían a Dios, tendrían fe en Él y Él los libraría... y si no... ya sabemos el resto de la historia.

El Señor nos ha dado el albedrío, el derecho y la responsabilidad de decidir<sup>9</sup>. Él nos prueba permitiendo que tengamos dificultades; y nos asegura que no permitirá que seamos tentados más allá de nuestra capacidad de resistir<sup>10</sup>. Pero debemos comprender que los grandes desafíos forman a grandes hom-



bres. No buscamos las tribulaciones, pero si reaccionamos con fe, el Señor nos fortalece. Los Y si no... pueden convertirse en extraordinarias bendiciones.

El apóstol Pablo aprendió esa importante lección y declaró, después de décadas de un dedicado servicio misional: "...nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza..."<sup>11</sup>.

El Salvador le había asegurado al Apóstol lo siguiente: "...Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad"<sup>12</sup>.

Pablo respondió: "Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte"<sup>13</sup>. Cuando Pablo se enfrentó con sus dificultades a la manera del Señor, su fe aumentó.

"Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac"<sup>14</sup>. Por su gran fe, a Abraham se le prometió una posteridad más numerosa que las estrellas en los cielos, y que tendría esa posteridad por medio de Isaac. Pero Abraham obedeció inmediatamente el mandato del Señor, porque Dios cumpliría Su promesa; y si no era de la manera que Abraham lo esperaba, de todos modos confiaba en Él completamente.

Los hombres logran cosas maravillosas al confiar en el Señor y obedecer Sus mandamientos; ejerciendo la fe, aun cuando no sepan cómo los va a formar el Señor.

"Por la fe Moisés... rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios..."

"Por la fe dejó Egipto, no temiendo la ira del rey..."

"Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca..."

"Por la fe cayeron los muros de Jericó..."<sup>15</sup>.

Y otros: "...por fe conquistaron reinos... alcanzaron promesas, taparon bocas de leones,

"apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas"<sup>16</sup>.

No obstante, en medio de todos esos resultados gloriosos en los que confiaban y esperaban los participantes, siempre existieron los Y si no:

"Otros experimentaron vituperios y azotes... prisiones y cárceles.

"Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá... pobres, angustiados, maltratados..."<sup>17</sup>

"...proveyendo Dios cosas mejores para ellos mediante sus padecimientos, porque sin padecimientos no podían ser perfeccionados"<sup>18</sup>.

Nuestras Escrituras y nuestra historia están repletas de relatos de grandes hombres y mujeres de Dios que creían que Él los libraría... y si no, demostraron que igual confiaban y eran leales.

Él tiene el poder, pero nuestra es la prueba.

¿Qué espera el Señor de nosotros con respecto a nuestras dificultades? Espera que haga-

mos todo lo que podamos, y Él hará el resto. Nefi dijo que "es por la gracia por la que nos salvamos, después de hacer cuanto podamos"<sup>19</sup>.

Debemos tener la misma fe que Sadrac, Mesac y Abed-nego.

Nuestro Dios nos libraré del ridículo y de la persecución... y si no... de enfermedades y dolencias... y si no... de la soledad, de la depresión y el temor... y si no... de amenazas, de acusaciones e inseguridad... y si no... de la muerte o de daño de nuestros seres queridos... y si no... confiaremos en el Señor.

Nuestro Dios hará que recibamos justicia y equidad... y si no... Él se asegurará de que se nos ame y reconozca... y si no... se nos dará un cónyuge perfecto y tendremos hijos íntegros y obedientes... y si no... tendremos fe en el Señor Jesucristo sabiendo que si hacemos todo lo que podamos, a Su tiempo y a Su manera seremos librados y recibiremos todo lo que Él tiene<sup>20</sup>. De eso testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén. ♦

#### Referencias

1. Véase "Fe", en la Guía para el estudio de las Escrituras, págs. 78–80 Hebreos 11:1; Alma 32:21; Éter 12 6.
2. Daniel 3:15.
3. Daniel 3:17–18; cursiva agregada.
4. Véase Mosiah 7:33.
5. Véase Alma 7:20; 3 Nefi 24:6; Mormón 9:19; Moroni 8:18.
6. Véase 2 Nefi 11:5; Alma 12:25; 34:9; 41:2; 42:5, 11–13; D. y C. 84:35–38.
7. Véase Abraham 3:24–25.
8. Véase Moisés 1:39.
9. Véase 2 Nefi 2:27; Helamán 14:30; D. y C. 101:78.
10. Véase 1 Corintios 10:13; Alma 13:28.
11. Romanos 5:3–5.
12. 2 Corintios 12:9.
13. 2 Corintios 12:9–10.
14. Hebreos 11:17.
15. Hebreos 11:24–27, 29–30; cursiva agregada.
16. Hebreos 11:33–34; cursiva agregada.
17. Hebreos 11:36–37.
18. Hebreos 11:40; véase también el mismo versículo en la traducción de José Smith de la Biblia, en inglés.
19. 2 Nefi 25:23.
20. Véase D. y C. 84:35–38.

ELDER MCCRACKEN  
LA IGLESIA DE  
JESUCRISTO  
DE LOS SANTOS  
DE LOS ULTIMOS  
DIAS

# Servir a pesar de las Adversidades

Por **Moisés Villanueva López**  
Barrió El Bosque  
Estaca Oaxaca Amapolas México

**A**l cumplir 18 años fui llamado a servir en la Misión México Hermosillo. Yo estaba consciente de que sería un tiempo para servir al Señor, al predicar Su evangelio restaurado y sin embargo, también sabía que viviría algunas pruebas durante mi misión, las cuales me ayudarían a fortalecer mi testimonio. En Predicad mi Evangelio, menciona: “No hay obra más importante que ésta, ni hay ninguna otra que brinde mayor satisfacción”.

Antes de partir vivimos serias dificultades en mi hogar, a causa de la reciente separación de mis padres y los esfuerzos que mi madre requería para sostener a ocho hijos. Al hablar con ella, le dije que quizás era preferible que yo me quedara a ayudarla y después, cuando las cosas ya hubieran mejorado, entonces podría servir una misión. Ella me respondió que le ayudaría más si iba a servirle al Señor; su consejo fue muy sabio.

Mi primer día en la misión fue difícil, porque me habían operado un pie y al llegar a mi primera asignación en Culiacán, Sinaloa; caminé tantos kilómetros que pensé que quizás ese pie recién operado me daría problemas, pero milagrosamente no fue así y después de ese día me olvidé por completo del asunto. Otro recuerdo que atesoro de ese primer día es que por diversas circunstancias no probé bocado durante casi 36 horas; hasta entonces pude entender la escritura “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.<sup>1</sup> Al llegar la noche ofrecí una oración y sentí una dulce sensación en mi mente y mi corazón de que estaba haciendo lo correcto y que mi familia sería bendecida por ello. Me fui a dormir muy cansado en un catre bien duro. Después de algunas semanas no tardaron en llegar noticias de casa en la que me informaban que las pruebas y dificultades familiares se habían solucio-



nado. Eso me motivó aún más para continuar trabajando en la misión; y a esforzarme por servir con todo el corazón, alma, mente y fuerza; encontrando, enseñando y bautizando cada mes.

Más adelante llegué a ser líder de zona y una experiencia que marcó mi misión ocurrió el 31 de marzo de 1987 cuando me encontraba sirviendo en la ciudad de Mexicali. Esa noche, el élder Ivan H. McCracken y su compañero pasaron a nuestra casa para entregar unos reportes y encargar algunos libros de la Iglesia para que se los compráramos en las oficinas de la misión, ya que al día siguiente mi compañero y yo haríamos ese viaje debido a nuestra asignación. Recuerdo que era un poco tarde y les dije que se fueran pronto.

Momentos después mi compañero y yo nos preparábamos para descansar cuando sonó el teléfono; era el compañero del élder McCracken para informar que les habían robado sus bicicletas y que uno de los asaltantes había herido al élder McCracken en el estómago con una navaja, provocando que salieran parte de sus intestinos; aún así se las arreglaron para llegar hasta el hospital que se encontraba a unas tres cuadras de donde ocurrió el incidente.

Mi compañero y yo nos vestimos rápidamente y le pedimos a un hermano que nos llevara al hospital. Durante el trayecto yo me encontraba con un gran sentimiento de compasión y angustia en mi corazón; porque sabía que algunos meses atrás el élder McCracken había sufrido la pérdida de su madre y su hermano menor en un trágico accidente en su lugar de origen mientras él se encontraba en el campo misional y ahora pasaba

por esta gran prueba. Yo me preguntaba: ¿cómo es posible que a él mismo le suceda esto?, pensé: “tal vez se sentirá destrozado y desilusionado por haber venido a la misión y con justa razón querrá regresar anticipadamente a casa”.

No obstante, cuando llegamos al hospital el élder McCracken nos recibió con una sonrisa en el rostro y nos saludó con mucho afecto. No pude evitar llorar. Lo encontramos postrado en una camilla en espera de ser intervenido quirúrgicamente. Allí permaneció pacientemente hasta las 5 a.m. pues era un hospital público y había otras personas esperando atención. Mi compañero y yo pusimos las manos sobre su cabeza y le dimos una unción.

El presidente de la misión, Armando Gaona, se encontraba a 600 kilómetros de distancia en ese tiempo la misión era la más grande en México, logró comunicarse esa misma noche vía telefónica con el élder, preguntándole como se sentía y si le podía ayudar en algo. Era un momento de gran angustia para todos, pero el élder McCracken con voz grave y profunda le respondió: “No se preocupe, presidente, voy a estar bien, ya me ungieron”.

El presidente Gaona a su vez, llamó por teléfono al padre del élder McCracken quien también se había visto afectado recientemente por el fallecimiento de su esposa e hijito y contestó casi con las mismas palabras que su hijo. “No se preocupe presidente, vamos a estar bien, gracias por avisarnos”. Más adelante nuestro presidente comentó que sentía una profunda admiración por la familia McCracken debido a que a través de los años habían

cultivado en su familia un gran valor y fe ante la adversidad.

Después de la operación los médicos pronosticaron que el Élder requería de dos a tres semanas para su recuperación; sin embargo en cuatro días se encontraba ya puesto de pie, predicando el Evangelio a los doctores, pacientes y enfermeras en el hospital. Era un joven físicamente muy fuerte, descendiente de vikingos y también era fuerte espiritualmente. Fue un gran ejemplo para mí.

Yo pensaba que estaba sacrificando mucho al servir una misión: pasando hambre, sed y fatiga pero no tardé en darme cuenta de que mis pruebas no eran nada comparadas a las del élder McCracken; lo que me llevó a reflexionar acerca del sufrimiento de nuestro Salvador Jesucristo y Su expiación, todo lo que hizo por nosotros. Para mí aún es difícil comprender plenamente la magnitud del sacrificio expiatorio.

El élder McCracken me enseñó que debemos confiar en el Salvador tanto en los accidentes como en las adversidades tal como lo dijo Alma al pueblo de Gedeón “...y sus enfermedades tomará Él sobre sí, para que sus entrañas sean llenas de misericordia, según la carne, a fin de que según la carne sepa cómo socorrer a los de su pueblo, de acuerdo con las enfermedades de ellos”<sup>2</sup>. Agradezco a Nuestro Padre Celestial el haberme permitido servir en una misión de tiempo completo y conocer a misioneros tan especiales como al élder Ivan H. McCracken que me enseñaron el principio del sacrificio. ♦

#### Referencias

1. Mateo 4:4
2. Alma 7:12



“Los obispos tienen el deber sagrado de buscar y atender a los pobres y los necesitados. Siempre habrá los medios para ayudar a los que realmente son necesitados, ya sea que sus necesidades sean espirituales, sociales, emocionales o económicas. Los obispos deben hacer uso de todo medio que se proporciona para conocer y ministrar a los que estén bajo su cargo”.

—Thomas S. Monson, “A Sacred Duty to Help the Poor, Needy”, *Church News*, 15 de diciembre de 1990, pág. 7.